

que se puso en marcha algo después, resultó lamentablemente fallida. Los escritores de la segunda oleada del "boom" demostraron, en general, muy escaso talento. Ofrecieron a la abita Europa de la sociedad consumista, en vez de fuertes emociones, sobredosis de literatura. Y por ese camino no se iba a ninguna parte. El rechazo llegó pronto y envolvió a tirios y a troyanos. La literatura latinoamericana empezó a dejar de interesar en los cenáculos creadores de modas. No importaba —no importa en estos casos— que entre los escritores rechazados los hubiera de verdadero talento. La cuestión es que el "establishment" internacional de la alta cultura empezaba a estar harto de Latinoamérica.

Una excepción ha sido precisamente Manuel Puig. Puig ha escrito —que uno sepa— poco. Pero lo que nos ha llegado de él no ha defraudado en absoluto. Escritor excelentemente dotado, con una sensibilidad especialmente apta para captar los matices más peculiares de la cultura "pop", Puig ha afirmado en unas cuantas novelas una personalidad relevante. Si "La traición de Rita Hayworth" fue una revelación, "Boquitas pintadas" (1969) o "The Buenos Aires Affair" (1973) confirmaron una fundada esperanza. Ahora nos llega una nueva novela suya, publicada por Editorial Seix Barral: "El beso de la mujer araña".

¿Qué es "El beso de la mujer araña"? En una celda de una cárcel de Buenos Aires están encerrados dos individuos: un joven militante revolucionario y un homosexual cuarentón. Al principio la relación de los dos es sólo epidérmica. El revolucionario ve con cierto desprecio, y no lo oculta, a ese hombre acusado de corrupción de menores, dotado de una cultura grotesca, afeinado y apasionado cinéfilo. Precisamente esa cualidad suya, la de cinéfilo, es la que establece las bases de la relación entre esos dos hombres tan dispares. El homosexual para distraer a su compañero le cuenta películas que le han impresionado particularmente. Las conversaciones entre ambos se van haciendo más íntimas. Se cuentan mutuamente sus historias amorosas y una relación afectiva se establece entre ellos. El revolucionario empieza a respetar a ese ser marginal y cargado de mala literatura que es su compañero. Un día llegan a intimar físicamente. Por parte del homosexual, la relación entonces se convierte en



Manuel Puig.

una auténtica relación amorosa. Cuando nos enteramos que ha sido encerrado en la misma celda que el revolucionario para espiarle sabemos ya que no lo traicionará. Y al final, de modo anónimo, será capaz de dejarse matar en aras de una causa que no comprende, pero uno de cuyos representantes le supo tratar como un ser humano. Una historia sentimental, como todas las de Puig. Lo revolucionario del asunto, claro, es que la pareja no es una pareja heterosexual —que es lo propio de toda la literatura romántica escrita hasta ahora— sino homosexual. Más allá de su parodia de lo "pop", más allá de cualquier ironía, Puig nos propone una tesis: que el amor, cualquier tipo de amor, puede ser noble y elevado si sus protagonistas saben atenerse a una ética más auténtica que la del convencionalismo social. Puig plantea esta tesis firmemente y de modo explícito. Para ello no duda en añadir al texto una serie de notas explicativas, de carácter científico, donde apoyándose en ideas de Norman O. Brown, Herbert Marcuse, West y otros, defiende una concepción de la sexualidad verdaderamente liberada, donde lo homosexual tenga las mismas cartas de naturaleza que lo heterosexual.

Acaso ese propósito conceptualizador de Puig sea lo más flojo de la novela. Si la tesis del novelista es correcta —y el que suscribe piensa que sí—, ¿a qué viene un aparato de notas que, en muchos casos, no hacen más que repetir teorías que están al alcance de cualquier lector medianamente culto? Sin esas notas la novela posee una robusta doble dimensión: como obra literaria de singular calidad y como alegato. Porque no hay duda alguna

de que Puig no sólo absuelve la relación entre esos dos hombres, sino que la ve como realización plena de una comunidad intelectual y emotiva que se va fraguando en las largas jornadas de forzado compañerismo en una cárcel de la dictadura argentina.

Aun sin las notas explicativas, la novela de Puig es una novela de tesis. A los puristas habrá que recordarles que no existe texto literario alguno en el cual no subyazga una tesis. Por eso, torcer el gesto ante un concepto semejante no deja de ser ridículo. Una cosa es escribir una oda para demostrar las bondades de la vacuna antivariólica —como hizo con escaso éxito lírico don Manuel José Quintana— y otra escribir una novela para demostrar la autosuficiencia del individuo aislado de la utopía liberal —como con evidente éxito lo hizo Daniel Defoe hace más de dos siglos—. La literatura de tesis explícita puede ser buena y mala. El didactismo, o por lo menos un cierto didactismo, no está reñido con la literatura si quien lo hace tiene talento. Puig, pues, no ha escurrido el bulto y ha puesto su capacidad de escritor al servicio de sus convicciones. El resultado ha sido una novela fuera de lo corriente titulada "El beso de la mujer araña". Una lectura superficial del libro tal vez diga otras cosas o banalice lo que, tras una apariencia que es en ocasiones abiertamente sentimental, se presta a interpretaciones groseramente malévolas.

Con limpio estilo de escritor dueño de sus recursos, Manuel Puig ha escrito una de las más hermosas novelas amorosas que hemos tenido ocasión de leer en los últimos tiempos. Y una denuncia —porque eso también se encuentra en la novela— certera y correcta de esa característica especial, propia de todas las dictaduras, repetida una y mil veces que hace ir juntas a la represión política y a la represión sexual. Algo que los utópicos y el viejo Engels sabían muy bien, pero que años y años de rutina y de cerrazón dogmática habían terminado ocultando y desfigurando. ■ JAVIER ALFAYA

"Materiales para la historia de las ciencias en España"

Algo más que una antología y mucho más que una relación de

elementos científicos primeros es esta obra exquisita de investigación histórica y social sobre la evolución de las diversas ramas de la Ciencia en la España de los siglos XVI y XVII (*).

La pretensión básica del trabajo consiste en apuntar cómo la producción científica, sus aplicaciones y difusión se inscriben en instituciones, grupos y marcos históricos concretos, siendo promovidas u obstaculizadas según la voluntad de los grupos dominantes. La trayectoria de la creación científica en este período se ciñe estrechamente al acontecer político de España. El siglo XVI, de neto predominio español en el concierto de las potencias europeas, coincide con la crisis absoluta del conocimiento clásico, siendo el resultado una explosión de obras y hallazgos, entre los que abundan las aportaciones surgidas del estudio del Nuevo Mundo. A lo largo de esta centuria aparecen obstáculos a esta expansión del saber de forma paralela al aislamiento que, con respecto a Europa, sufre España.

En el XVII se advierte una regresión acusada con respecto al dinamismo experimentado anteriormente: la Inquisición sofoca sin piedad los intentos de asumir la mayoría de las innovaciones de la revolución científica que se desarrolla en Europa, y una oposición miedosa de parte de los herederos y monopolizadores del escolasticismo y galenismo obliga a recluir en círculos reducidos el esfuerzo por sintonizar con las corrientes modernas.

Es especialmente interesante la observación del fenómeno del **novator** o contestatario científico, que se ve obligado a encerrar su actividad científica en los medios privados de nobles y mecenas para elaborar, con criterios nuevos, la ofensiva necesaria para frenar la degradación científica de las Universidades anquilosadas. A Juan de Cabriada se debe (1687) un auténtico **manifiesto** por la libertad del pensamiento y el trabajo científicos; es el momento de los **preilustrados**, vanguardia necesaria que se esforzará en superar los retrasos acumulados durante casi un siglo. En este movimiento de ruptura con el saber tradicional es necesario reconocer la participación decisiva de la **subcultura científica**, extraacadémica y marginal, de astrólogos y alqui-

(*) "Materiales para la historia de las ciencias en España: Siglos XVI-XVII", de J. M. López Piñero, V. Navarro Brotos y E. Portela Marco. Editorial Pre-Textos.